

La guerra civil española y la vigencia del proyecto político republicano

En el prólogo de una reciente publicación, Javier Tusell sugería la posibilidad de que, a la altura de julio de 1936, cuando estalla la sublevación militar, los republicanos burgueses españoles empezaban a contar, por medio de la Izquierda Republicana que inspiraba Manuel Azaña, con un instrumento político especialmente apto para llevar a cabo ese conjunto de transformaciones políticas y sociales que hubieran servido para realizar eso que hoy día parece palabra común en la mayoría de nuestros políticos: la modernización de España.

La sugerencia es tan brillante como peligrosa, pues no hay en la Historia terreno tan resbaladizo como el de la caracterización de las «ocasiones frustradas» y las especulaciones sobre lo que hubiese podido ocurrir si se hubieran modificado determinadas circunstancias. Una de las primeras lecciones históricas asimiladas por el que esto suscribe son las advertencias que, al respecto, hacía D. Claudio Sánchez Albornoz en su monumental trabajo sobre el enigma histórico español.

La situación tiene, en todo caso, una similitud que me parece sugestiva con otra coyuntura de la vida política española del siglo XX en la que también un brusco cambio de timón dio al traste, en opinión de algunos historiadores, con otro proyecto político renovador. Me refiero a la situación de septiembre de 1923, cuando el golpe de Estado de Primo de Rivera, pudo cortar las posibilidades del gobierno del Bloque de Izquierdas, presidido por García Prieto y, especialmente, la aportación de los elementos procedentes del Partido Reformista.

Carlos Seco ha dejado, al respecto, palabras que me parecen muy certeras y que ponen en duda semejante interpretación, sostenida, a su vez, por no menos prestigiosos historiadores.

La similitud de la situación se fortalece, por otro lado, por el hecho de que, en la situación de 1936, los protagonistas de la presunta situación frustrada fueran Azaña y sus seguidores, entre los que no resulta nada difícil rastrear muchas huellas del viejo intento reformista de 1913. En 1936, sin embargo, Tusell en-

tiende que la Izquierda Republicana era «el instrumento de Gobierno oportuno» para la realización de unas reformas que quedaron dramáticamente frustradas el 18 de julio de 1936.

Coincidió plenamente con mi colega en que los republicanos de izquierda que, desde la proclamación de la República, se agruparon en torno a la figura de Manuel Azaña constituían el sector más capacitado para la realización del programa de reformas profundas que necesitaba el país y, en ese sentido, aventajaban de una forma clara a los radical-socialistas -perdidos en la verborrea demagógica y en las actitudes jacobinas- y a los radicales^rrouxistas, que nunca supieron asimilar el aluvión de adhesiones que les trajo el nuevo régimen.

También parecía creerlo el propio Manuel Azaña que, pocos días después de la victoria electoral del Frente Popular, reflejaba en su diario la confianza en los hombres de Izquierda Republicana. Un partido Describía- «en el que hay un personal de segunda fila muy lúcido y capaz, y muy honesto. De él podría salir un buen puñado de gobernantes, si nos dan tiempo para que hagan el aprendizaje y se formen. Este es uno de los mayores obstáculos: la falta de gente apta para gobernar».

Azaña tenía, desde luego, motivos de esperanza pues las elecciones de febrero de 1936 habían permitido la elección de unos ciento veinte diputados de la Izquierda burguesa, de los que más de ochenta pertenecían a su partido -Izquierda Republicana- y los restantes correspondían a la Unión Republicana de Martínez Barrio. Sobre esas fuerzas descansaba la tarea de llevar a la práctica el programa del Frente Popular, a través de un gobierno compuesto exclusivamente por republicanos. Más adelante se incorporarían los catalanes de la Esquerra.

El tiempo que reclamaba para el aprendizaje de las tareas de gobernar resultó muy escaso pues, al iniciarse la sublevación militar de julio de 1936, Azaña entendió que la réplica oportuna debía ser dada por un Gobierno en el que se integraran todas las fuerzas políticas que aceptaban el orden constitucional: desde los republicanos conservadores hasta los comunistas.

El planteamiento del presidente de la República no prosperó pero, a partir de ese momento, la posibilidad de mantener las esencias del original proyecto político republicano quedó, en buena medida, a merced de la actuación de esa izquierda republicana burguesa y de su capacidad de adaptarse a las condiciones de la nueva situación bélica y a las inevitables distorsiones que esa situación habría de provocar. Analizar esa situación, a través de las figuras más señaladas de Izquierda Republicana y de Unión Republicana^ es el objetivo de las páginas siguientes.

La participación en los gobiernos

Los elementos de la izquierda republicana burguesa mantuvieron una presencia ininterrumpida en los diferentes gobiernos republicanos que se sucedieron a lo largo del conflicto. Aparte del gobierno IV Martínez Barrio, que no tuvo

efectividad fuera de la *Gaceta*, todavía hubo un intento de mantener un Gobierno de inspiración netamente republicana como fue el dirigido por José Giral, que se mantuvo hasta comienzos de septiembre de ese mismo 1936.

En los que siguieron, a partir de esa fecha, la representación de los republicanos de izquierda fue oscilante, pero alguno de ellos, como José Giral, se mantuvo en todas las combinaciones gubernamentales. Es innegable, en cualquier caso, que estos ministros republicanos tuvieron una influencia muy escasa en la marcha de los acontecimientos políticos. Los puestos que desempeñaron fueron, con frecuencia, de carácter técnico y tampoco parece que destacasen por el acierto en su gestión. Bernardo Giner de los Ríos, que fue ministro de Comunicaciones a lo largo de todo el conflicto, y representante de la Unión Republicana, aparece en los diarios de Azaña empeñado en la construcción de un ferrocarril entre Tarancón y San Fernando de Henares, que hubiera solucionado el problema del abastecimiento del Madrid sitiado. Azaña, sin embargo, manifestaba sus reservas sobre la capacidad de gestión del ministro, y tampoco le cegaba la pasión partidista cuando enjuiciaba las realizaciones de Julio Just, que fue ministro de Obras Públicas hasta mediados de mayo de 1937. Ante las quejas de otros correligionarios por el cese, anota: «¡cómo si hubiéramos perdido a Col-bert!».

En algunas ocasiones, sin embargo, estos ministros republicanos burgueses manifestaron distancias con la orientación de la política gubernamental, como ocurrió a finales de agosto de 1938, con ocasión de las tensiones políticas que se registraron en el seno del gobierno presidido por Negrín.

Azaña, desde luego, esperaba que sus correligionarios inspiraran una política netamente republicana con su participación en el gobierno, especialmente en lo que hacía a la política de reconciliación que, desde muy pronto, preconizó el Presidente de la República. De ahí que, a comienzos de octubre de 1937, hiciese llegar a Ossorio y Gallardo, embajador de París, la necesidad de que el gobierno francés tuviese consciencia de «lo que puede ser la República -son palabras de Azaña- en tanto esté presidida por mí y lo que significa el hecho de que continúe presidiéndola»^

La política de conciliación era, en efecto, preocupación casi obsesiva del presidente de la República, que se desesperaba de que sus discursos en este sentido quedasen desautorizados ante la opinión pública mundial por las medidas represivas adoptadas por su gobierno, sin que intentasen ser contrarrestadas por los parlamentarios y ministros de su partido. Refiriéndose a éstos, anotaba a mediados de mayo de 1938: «me dan la razón y luego votan cobardemente».

No se trataba, solamente de componer oportunamente una imagen aceptable para la opinión de las grandes-potencias, sino de tratar de embridar un corcel que, si se desbocaba, podía herir de muerte la capacidad de convivencia de los españoles. Comentando un libro sobre la expedición de Bayo a Ibiza, y las represalias que se desencadenaron por ambos bandos, el presidente de la República anotaba en su diario: «Así, unos y otros verdugos estarán satisfechos: a lo mejor creen haber cumplido una gran obra patriótica, digo yo. Será, como

decía el año pasado una persona de mi conocimiento, que estamos alumbrando una nueva civilización. Reconózcase que el parto es demasiado doloroso. El engendro no sería vividero».

Las noticias sobre represalias circulaban continuamente por España durante aquellos años y el presidente de la República registra muchas de ellas, especialmente las de las personas pertenecientes a sus círculos más cercanos. En julio de 1937 anotaba el fusilamiento en Teruel de un diputado y del presidente provincial de su partido, que era director del Instituto de segunda enseñanza. «El piquete de ejecución -añade- lo formaron los alumnos mayorcitos del propio Instituto».

En otros casos, como el de un diputado de su partido por Cádiz, las represalias alcanzaban a familiares, y también eran angustiosas las noticias sobre los diputados que permanecían escondidos para huir de las previsibles represalias. De ahí la impresión de alivio cuando, tras la caída de Santander, el diputado Ruiz Rebollo pudo llegar a Valencia.

Sin embargo, la situación en la parte del territorio leal al Gobierno de la República, tampoco era completamente satisfactoria para estos prohombres de la izquierda burguesa, que se sentían distanciados de los responsables del gobierno, especialmente en los lugares donde era más débil la relación con el gobierno de la República. Al tomar nota de una visita que le hicieron los diputados asturianos de Izquierda Republicana, Azaña escribía: «Los republicanos han estado y están reducidos en Asturias al papel de gente tolerada, cuando no oprimida».

Una cantera de embajadores

No es extraño que, en esas condiciones, las convicciones de algunos de ellos se viesen asaltadas y el camino de Francia, con pretextos más o menos fundados, fue la vía más transitada por quienes empezaban a no reconocerse en ninguno de los dos bandos contendientes. Allí fue dónde recaló Claudio Sánchez Albornoz cuando, tras la ruptura de relaciones diplomáticas entre Portugal y la República española, tuvo que abandonar el puesto de embajador en Lisboa. El 19 de agosto compareció en Valencia y, según el testimonio de Azaña, tuvo que oír palabras muy duras de éste por lo que podía interpretarse como un abandono de responsabilidades políticas por parte del historiador abulense. «Entre los visitantes de hoy -anota Azaña-, Claudio Sánchez Albornoz, que ha entrado azaradísimo, y sin saber qué decirme ni por dónde romper... Me había escrito varias veces, la última hace quince días, y telegrafiado en fechas señaladas. Nunca le he contestado, porque su conducta me parecía intolerable, como la de otros muchos. Por lo visto, Amos Salvador, que gusta de templar desafinaciones, le ha escrito diciéndole que yo estaba enojado con él. E inmediatamente que lo ha sabido, según cuenta, ha tomado el avión para venir a verme. No ha tardado más que un año en caer en ello». Por su parte, Claudio Sánchez Albornoz, que se empeña en denominar *Memorias* a las anotaciones casi diarias de

Azaña, se ha limitado, en sus libros, a comentar que Azaña desfiguró los términos de la entrevista, aparte de insinuar que Azaña era tan pesimista como él sobre la suerte que correspondería a los republicanos ante la previsible derrota.

Críticas hacia actitudes parecidas son frecuentes en la pluma del presidente de la República y no es, por eso, extraño que, sin que parezca que tratamos de achacarlo al simple miedo, muchos políticos republicanos encontrasen su carrera diplomática el mejor acomodo para sus capacidades de servicio a la República. Ese fue el caso de Mariano Ruiz Funes, encargado de negocios en Varsovia y, posteriormente, embajador en Bélgica; de Ossorio y Gallardo, en París; de Feliz Gordón, en México; de Fernández Clérigo, o de las andanzas americanas de Marcelino Domingo, y las gestiones de Carlos Espía en Ginebra. En todos esos lugares, los políticos republicanos de izquierdas intentaban dar una imagen de normalidad republicana de España, que parecía indispensable para el buen fin de las negociaciones diplomáticas en las cancillerías de las democracias occidentales. Azaña impulsaba con extraordinario interés esta política.

Las incomodidades que estos republicanos encontraban en sus relaciones con los partidos de base proletaria, se tradujeron en una reducción muy consistente de sus efectivos a la hora de participar en las instituciones republicanas. A comienzos de mayo de 1938 Azaña anotaba que a la reunión de la minoría parlamentaria de Izquierda Republicana habían asistido treinta y dos diputados, de los ochenta largos que fueron elegidos en febrero de 1936 y el mismo Azaña veía como el círculo de sus ínfimos se estrechaba sensiblemente tras los desplazamientos de la presidencia de la República a Barcelona y Valencia. A ese círculo pertenecían Enrique Ramos, Amos Salvador, José Giral, José Velao y quizás pocos más. Este último, que desempeñó la presidencia de la minoría de Izquierda Republicana, se mostraba descorazonado por la escasa capacidad política de sus correligionarios y quería abandonar el puesto.

República versus Revolución

A pocos se le escapaba que, al compás de la guerra, se habían desarrollado unas expectativas revolucionarias en las que no parecía que quedase espacio para los planteamientos puramente republicanos. A ese problema se refería Azaña en sus anotaciones del 29 de noviembre de 1937 cuando transcribe los términos de una conversación con Alvaro de Albornoz. Este, que había multiplicado sus intervenciones escritas a favor de la revolución y del movimiento anarquista, se había incorporado a la política de descrédito de los republicanos: «Se mofaba -escribe Azaña- de los republicanos que todavía hablan de la República democrática y parlamentaria como bandera de guerra».

La conversación de aquel día, sin embargo, significó un cambio brusco en dichos planteamientos, pues Albornoz reclamaba el retorno a un «política vigorosamente republicana», ya que, aunque seguía considerando necesaria la revolución, los intentos realizados habían resultado un fracaso por no haberle sabido dar «carácter nacional»; Azaña asistía complacido a unos planteamientos

en los que hasta creía encontrar palabras pronunciadas anteriormente por él mismo. «Cuanto me ha dicho -concluye- es un síntoma importante del cambio que está operándose en mucha gente, cambio previsible, pero un poco tardío, y adquirido en virtud de experiencias demasiado costosas».

El inhibicionismo de los republicanos había contribuido, probablemente, al planteamiento de esta situación y los dirigentes más destacados asistían impotentes a una desbandada que hacía cada vez más difícil mantener la ficción de una República democrática y parlamentaria que integraba a todas las clases sociales. Martínez Barrio lo ha reconocido abiertamente en sus *Memorias*: «Ciertamente la orientación de la República se apartaba de aquella que los partidos netamente republicanos señalaron en el programa del Frente Popular, y cierto, asimismo, que se pretendía iniciar una transformación económica y social fuera del ámbito de la Constitución». Por eso, cuando Azaña recibió de Ossorio y Gallardo el reproche de que su comportamiento como Presidente de la República estaba favoreciendo el abandonismo republicano. Azaña reaccionó virulentamente, y dejó palabras que son extraordinariamente esclarecedoras de lo que él entendía que debía ser el papel de los republicanos en la vida política del momento.

«¿He desaparecido yo de mi puesto?», se preguntaba en las anotaciones correspondientes al 17 de junio de 1937. «En primer lugar, no han desaparecido los republicanos. Han desaparecido republicanos {muchos, por desgracia} señalados y hasta eminentes. ¿Por qué? Lo ignoro. Tocios se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo, y algunos..., engañándose. Los que han querido quedarse, ahí están, y no les ha ocurrido nada. Del Gobierno que yo presidí en febrero del año pasado, ¿sabe usted cuántos ministros quedaron en España? Dos: Casares y Giral. Si alguien corría aquí peligro era Casares. En Madrid está. De los embajadores *políticos* que yo nombré, sólo uno, al cesar en su cargo, ha venido a Valencia a saludar al Presidente de la República y a ponerse a las órdenes del Gobierno: Díez-Canedo. Los demás, se quedaron en Francia. En un año, no han tenido tres días ni trescientas pesetas para cruzar la frontera y venir a verme. A muchos los saqué yo de la nada y a todos volví a ponerlos a flote, después del naufragio de 1933, y les he hecho diputados, ministros, embajadores, subsecretarios, etc... todos tenían con la República la obligación de servirla hasta última hora, y conmigo la de acompañarme mientras estuviese en pie».

Azaña no quería entrar en los motivos de este generalizado abandonismo pero, en todo caso, se hacía eco de las incompatibilidades que los republicanos tenían encontrar también en el llamado bando republicano. «Se han marchado -añadía-, los que se fueron, porque lo daban todo por perdido y tenían miedo a los rebeldes o a los revolucionarios, o a unos y otros».

Conviene señalar que estas observaciones, en las que se reconocía la existencia de un desbordamiento revolucionario, se hacían cuando aún no se había cumplido el año de la rebelión militar, aunque Azaña no parecía excesivamente impresionado por esta amenaza revolucionaria-que no había llegado a controlar el Gobierno, aunque sí lo interfiriese constantemente- y aún seguía con-

fiando en la aportación de los republicanos a la dirección de la vida política. «Los republicanos -señalaba en ese mismo pasaje- siguen teniendo en la política la importancia que ellos pueden o saben conquistar».

Los hombres de los partidos republicanos de izquierdas

La postura de Azaña iba, sin embargo, mucho más allá de lo que eran las auténticas posibilidades de los republicanos que seguían sus inspiraciones. En concreto, la Izquierda Republicana fue desvaneciéndose políticamente desde el momento que el acceso de Azaña a la Presidencia de la República obligaba a éste a abandonar cualquier ación que pudiera entenderse como respuesta a intereses partidistas.

El comienzo de la guerra Hacía aún más necesaria esta actitud pues la República necesitaba en su Presidente una institución que estuviera por encima de cualquier interés partidista y que representara esa cohesión tan necesaria para salir adelante en el delicado trance de una guerra civil.

Algunos no lo entendieron y, por ejemplo, en la crisis de Gobierno de mayo de 1937, se levantaron voces (le correligionarios contra Manuel Azaña por entender que había dejado desasistida a Izquierda Republicana durante la crisis y que había permitido que los ministros de ese partido se redujesen de tres a uno.

«He aprovechado -escribía en sus anotaciones de 31 de mayo de aquel año-la visita de unos delegados del Congreso de Juventudes de Izquierda Republicana, que han venido con el secretario general del partido, para decirles que yo desde la presidencia no *protejo* a ningún partido, y que si alguien espera en Izquierda Republicana que yo haga en su favor lo que don Niceto hacía por los partidos que le agradaban se lleva chasco, y tendríamos que admitir la consecuencia de que he salido del partido tan desconocido como entré en él. Los jóvenes aprobaron con entusiasmo mis palabras. El secretario, a quien en realidad iban dirigidas para que las transmitiera a otros, callaba».

La situación no era mucho mejor en el otro partido republicano de izquierdas -el de Unión Republicana- en el que su líder, Martínez Barrio, se vio recluido (¿o se refugió?) en su despacho de la Presidencia de las Cortes. La verdad es que los miembros de este Partido tenían aún mayores razones para sentirse incómodos en un bando en el que se prodigaban las actividades revolucionarias. Ellos no lo eran en absoluto y, ya desde la época de la confección de las candidaturas del Frente Popular, se detectaron roces con los partidos proletarios, aparte de que no se olvidaba que algunos de ellos -especialmente, su jefe- se habían destacado por los ataques a socialistas y azafístas, cuando aún militaban en las filas del lerrouxismo, y éste acentuó su oposición desde comienzos de 1933. Los hombres de Unión Republicana, con las ya señaladas excepciones de Martínez Barrio y Giner de los Ríos, vieron muy reducido su protagonismo en la política de la España republicana, durante los años que duró el conflicto.

A modo de recapitulación

Para nadie puede hoy día resultar escandaloso que se diga que en España se intentaron diversas vías revolucionarias a la vez que se desarrollaba la guerra civil.

Estos intentos provocaron, inevitablemente, una pérdida de protagonismo por parte de los sectores republicanos burgueses que, desde los momentos iniciales del régimen, habían dado el tono de un proyecto de modernización política que alcanzó su máximo despliegue en el primer bienio del régimen republicano. Durante esos años la personalidad de Manuel Azaña resultó decisiva y sobre él bascularon también las esperanzas políticas cuando se fraguaron las candidaturas del Frente Popular que saldrían triunfantes en febrero de 1936.

El paso de Azaña a la presidencia de la República, en mayo de aquel año, significó ya un primer freno a la consecución de dicho proyecto político pues, aún tratándose de formaciones políticas en las que se podía apreciar una alta calidad de sus componentes, faltaba la figura indiscutida que pudiera dirigir, desde la presidencia de Gobierno, una política como la que había inspirado Azaña durante el primer bienio. En ese sentido es como cabe entender la afirmación de Claudio Sánchez Albornoz de que Azaña había sido un «regalo de la Providencia a España». Un regalo inutilizado muy pronto.

El desencadenamiento de la guerra no hizo sino agravar estas turbias expectativas, y el proyecto reformista republicano sólo quedó como fachada democrática y parlamentaria que trataba de encubrir una realidad en la que los planteamientos revolucionarios desbordaban cualquier intento de normalización de la vida política. Azaña dirigió entonces sus esfuerzos, y los de sus seguidores, a una política de conciliación para la que no tenía mejor receta, cuando superaba los momentos de disgusto que le hacían pensar en dimitir como Presidente, que la de afianzarse en los ideales republicanos de siempre.

«En tiempos venideros -escribiría en el «Preliminar» de la *La velada de Be-nicarló*-, variados los nombres de las cosas, esquilmados muchos conceptos, los españoles comprenderán mal por qué sus antepasados se han batido entre sí más de dos años: pero el drama subsistirá, si el carácter español conserva entonces su trágica capacidad de violencia apasionada»l

O. R.*

* Granada, 14 de diciembre de 1985. Catedrático de Historia Contemporánea (Granada).

A Nicolás, Julio y Pascual, compañeros que se fueron mientras daba fin a estas líneas